

ALBERTO GIRALDO

MI VERDAD



«Desde 1979 los hermanos Rodríguez, con el apoyo financiero de José Santacruz Londoño y Hélder Herrera, participaron financieramente en las elecciones presidenciales».



Planeta

ALBERTO GIRALDO

MI VERDAD

Alberto Giraldo siempre quiso publicar este libro. En uno de los últimos reportajes que concedió lo reafirmó. Se conocerá después de mi muerte, dijo. Y trabajó en sus páginas, al lado de su señora, Viviana León, hasta una semana antes de que se produjera su deceso, el pasado 21 de septiembre. De centenares de páginas escritas por él, fue descartando apartes hasta seleccionar este texto final que hoy ponemos en manos de los lectores.

Es, por supuesto, una obra explosiva, por las personalidades políticas que aquí nombra Giraldo, comprometidas en delicadas situaciones con los jefes del llamado Cartel de Cali. «Samper comenzó su gobierno con el peor lastre moral que le ha correspondido a mandatario alguno en toda la historia de Colombia [...]. No era el único presidente elegido con dineros calientes», dice Giraldo en este libro.

En *Mi verdad* Alberto Giraldo relata por primera vez intimidades de la cúpula del poder que manejaron los hermanos Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela. El autor fue una especie de canciller de los Rodríguez ante campañas presidenciales, políticos, empresarios y medios de comunicación.



Alberto Giraldo López nació en Cisneros (Antioquia) el 4 de febrero de 1935. Su primer empleo profesional de comunicador se lo concedió, en 1950, Belisario Betancur Cuartas en el diario *La Defensa* de Medellín.

El 1º de septiembre de 1953, a los 18 años, empezó a destacarse como redactor político en el *Diario de Colombia*, fundado por Gilberto Alzate Avendaño.

El 7 de agosto de 1958 ingresó a la redacción del periódico *El Siglo*, bajo la orientación de Álvaro Gómez Hurtado. Allí se convirtió en uno de los famosos «gorilas», como llamaban a los cuatro periodistas que acompañaban en todo momento al presidente Guillermo León Valencia.

Destacado como un ágil periodista, en la década de los setenta trabajó junto con

la Coca
de la Coca
mccoca.org

Contenido

CAPÍTULO 1 APOYO DIVIDIDO	9
CAPÍTULO 2 LUCHA CONTRA LA EXTRADICIÓN	19
CAPÍTULO 3 MEDELLÍN CONTRA CALI	43
CAPÍTULO 4 DESEQUILIBRIO PELIGROSO	61
CAPÍTULO 5 LUZ JURÍDICA	73
CAPÍTULO 6 LA MORAL INMORAL	83
CAPÍTULO 7 UN JOVEN BRILLANTE Y AUDAZ	99

CAPÍTULO 8	
EN EL ALTO MUNDO DE LA POLÍTICA	123
CAPÍTULO 9	
LOS CONTRALORES	129
CAPÍTULO 10	
EL GRAN ASCENSO	139
CAPÍTULO 11	
SURGE EL 8.000	151
CAPÍTULO 12	
EL HOMBRE QUE QUERÍA SABER	167
CAPÍTULO 13	
MEDINA EN ESCENA	179
CAPÍTULO 14	
EL DESENLACE	225
CAPÍTULO 15	
EL TERREMOTO PASTRANA	237
CAPÍTULO 16	
EL ESCÁNDALO	249
CAPÍTULO 17	
LOS CASETES	265
CAPÍTULO 18	
MEDINA DESTAPA LA OLLA	273
CAPÍTULO 19	
BOTERO TRATA DE CALLAR A MEDINA	283
CAPÍTULO 20	
PLAZA SANTO DOMINGO	297

CAPÍTULO 1

Apoyo dividido

Era octubre de 1978.

Belisario Betancur había perdido la Presidencia en junio de ese año, por menos de 90.000 votos, frente a Julio César Turbay, quien se había posesionado de la Presidencia el 7 de agosto.

Betancur, lleno de optimismo y seguridad en su futuro, llegó al desayuno manejando su automóvil, como era su inveterada costumbre.

Gilberto Rodríguez también llegó en el suyo.

Ninguno de los dos tenía guardaespaldas.

Eran tiempos de tranquilidad y paz.

Yo los presenté.

Rodríguez, quien era presidente de la sociedad Financieros Asociados, ya incursionaba en el alto mundo bancario.

Era el principal accionista de la Caja Cooperativa de Boyacá y estaba negociando el Banco de los Trabajadores.

El saludo fue cordial.

Y de allí pasamos a la mesa.

Betancur habló de su futuro y de lo despejado que veía el debate presidencial de 1982.

—Perdí por una nariz —dijo el jefe conservador, con una amplia sonrisa.

Rodríguez le respondió con un generoso requiebro verbal:

—Yo le veo la Presidencia en el futuro.

Después del desayuno hubo un diálogo cordial, que concluyó en un cómodo sillón en el que ambos se sentaron.

Betancur habló de los costos de la política.

Y de lo difícil que había resultado la campaña presidencial de 1978 frente a Turbay.

—El trapo rojo de los liberales surtió efecto en esta ocasión —dijo Betancur, para demostrar que todavía jugaba el sectarismo electoral.

Y prometió que en el futuro haría campañas de convocatoria a la solidaridad nacional, sobre programas sencillos.

Gilberto Rodríguez le dijo de pronto:

—¿Y de su campaña quedaron deudas?

—Un poco más de treinta millones de pesos —respondió Betancur.

Entonces, Gilberto le dijo:

—Yo voy a colaborarle con algo en esta ocasión.

Sacó su chequera personal y elaboró un cheque por cinco millones de pesos.

—Esta es mi contribución a ese saneamiento. Pero tenga la seguridad de que trataremos de colaborar en el futuro —le dijo con amistosa seguridad.

Betancur agradeció el generoso gesto del personaje a quien apenas acababa de conocer.

Y prometió sucesivas entrevistas, en desarrollo de la campaña política que ya estaba gestando.

Entre 1978 y 1982 fueron muchas las ocasiones en que Betancur y Gilberto Rodríguez se vieron.

Rodríguez, que era un liberal de gesto sectario, se dejó enredar por la sorprendente simpatía del candidato Betancur.

Y comprometió a sus amigos en una campaña en la que los colombianos acompañaron a Betancur de muy buenas ganas, rompiendo por una vez las voluminosas mayorías liberales que habían impuesto presidentes en los sucesivos gobiernos del Frente Nacional.

Y así, en la medida en que Betancur se acercaba a la jefatura de gobierno, Gilberto Rodríguez continuaba su vertiginosa carrera de banquero respetable.

A la compra de la Caja Cooperativa de Boyacá siguió la adquisición de la mayoría de las acciones de la Corporación Financiera de ese departamento.

Más tarde adquirió las acciones del Banco de los Trabajadores, en una operación salvadora para el sindicalismo colombiano, que no supo manejar esa institución.

Y cerró el ciclo con la compra de un banco de segundo piso en Panamá, del cual eran cuentahabientes respetables intelectuales colombianos, incluyendo al Nobel Gabriel García Márquez.

Éste y todos los demás clientes del banco recibieron el valor de sus depósitos, después de que el gobierno panameño decidió la confiscación del banco por presiones norteamericanas.

A pesar de la congelación de los fondos, los socios del Interamerican First respondieron con su capital a los desesperados cuentahabientes.

El banco no quedó debiendo un solo dólar.

Y la historia continúa en el cuatrienio 1978-1982.

Rodríguez, un respetable hombre de negocios en esa época, dedicaba todo su tiempo de Bogotá al manejo de complicados organismos monetarios.

Hasta que decidió incursionar en el complejo mundo de las grandes multinacionales.

Este ingreso fue por accidente y tal vez por atender insinuaciones mías.

Era el año de 1979, fecha de la gran crisis de la industria automotriz norteamericana.

Actuaba como presidente de los Estados Unidos Jimmy Carter, quien pasó a la historia como un pésimo administrador.

Durante su gobierno se disparó la inflación y el mal manejo comercial determinó la invasión de vehículos japoneses al mercado norteamericano.

Las grandes compañías entraron en pérdida.

General Motors, Ford Motor Company y Chrysler Corporation mostraban balances negativos.

Y como es natural, los ejecutivos de la industria tocaron las puertas de la Casa Blanca para salvarse del desastre.

Jimmy Carter aceptó ayudarles en la crisis con una condición: que vendieran todas sus filiales en el exterior y se concentraran en el mercado interno de los Estados Unidos.

Carter quería que con el producto de las ventas de sus filiales ayudaran a sacar a flote a la empresa en el nivel interno.

En el caso de Chrysler, el presidente norteamericano se comprometió a facilitar créditos blandos por mil millones de dólares.

Fuera de ello otorgó grandes contratos en la industria bélica para que Chrysler tuviera acceso al multimillonario negocio de los carros blindados.

En Colombia, la Chrysler era la más fuerte compañía automotriz.

Llevaba diez años en el mercado y tenía rodando cerca de 200.000 vehículos entre camiones, buses y automóviles.

Esos vehículos necesitaban la protección de repuestos y la atención de la marca.

Pero como era obligatoria su salida, don Germán Montoya, quien era el presidente de la Chrysler, comenzó a negociar su venta a la General Motors.

Un día, don Germán me llamó y me dijo:

“Chrysler se tiene que ir del país, pero hay 200.000 vehículos que requieren la atención debida a una marca de tanta tradición. Si usted consigue un hombre que financie la operación del mantenimiento, yo le ayudo a que le den la franquicia”.

Yo pensé en Gilberto, y le propuse el negocio.

El banquero puso a su equipo a estudiar la propuesta y la encontró viable.

Una semana después estaba en camino la operación Chrysler, que fue todo un éxito entre 1980 y 1982.

Se abrieron 42 puntos de repuestos en todo el país para atender la marca y se dispuso un efectivo sistema de importación para que los 200.000 vehículos Chrysler que rodaban por las pésimas carreteras colombianas no tuvieran dificultades.

El proceso del contrato Chrysler fue largo pero sin contratiempos.

Gilberto se reservó la presidencia de la junta directiva, como socio capitalista.

Como es natural, hubo que llenar inmensos requisitos ante el gobierno norteamericano y la embajada de ese país en Bogotá.

Todo comenzó con la visita del vicepresidente internacional de Chrysler a Colombia para conocer a los socios.

Después se hizo la primera importación de ensayo.

Y luego comenzó el proceso de acreditación de los nombres de la sociedad ante la Embajada de los Estados Unidos en Bogotá, y más tarde ante la Secretaría de Comercio norteamericana en Washington.

El nombre de Gilberto Rodríguez fue bienvenido para los norteamericanos en 1980.

Y lo que es más: la sociedad se ganó una licitación de 440 vehículos para la policía de Medellín.

Y más tarde, una licitación de 1.200 camiones, buses y automóviles de la Policía Nacional.

En el tránsito del gobierno Turbay al de Betancur se estaba legalizando la negociación.

Vino la posesión de Betancur y, tres meses después, se notificó al país la desaparición de trece millones de dólares de una cuenta especial que el Gobierno había destinado para la compra de esos vehículos.

Con la pérdida de los dólares pereció el negocio.

Y más tarde la operación se complicó porque el presidente Betancur cerró las importaciones frente a la baja de las reservas internacionales que tenía el país, y que había heredado del gobierno anterior.

Por esa época Rodríguez acumulaba poder económico.

Sus negocios marchaban a todo vapor y sus relaciones políticas mejoraban día a día.

Ya en las postrimerías del gobierno Turbay vino la convención del liberalismo en Medellín.

Rodríguez, que siempre había sido un sectario liberal, decidió participar activamente en esta asamblea.

Y siempre tomó partido a favor de Alfonso López Michelsen.

En ese momento el tolimense Alberto Santofimio Botero era un aspirante potencial a la candidatura liberal.

Pero Rodríguez y sus amigos lo hicieron desistir del propósito.

Más que por Santofimio, la candidatura López estaba amenazada por el ingeniero Virgilio Barco, quien tenía indudable fuerza en la Convención de Medellín.

López le madrugó a la Convención y apareció en Medellín desde las primeras horas de la asamblea.

Sabía que contaba con la oposición de Carlos Lleras, quien estaba alineado con Barco.

A pesar de que estaba seguro de la neutralidad del presidente Turbay, tenía otro fuerte enemigo en la sombra: Alberto Lleras.

De todas maneras, López se tomó la Convención.

Y desde la mañana del 27 de noviembre de 1981 esperó la presencia de Virgilio Barco, quien amenazaba con dividir la votación liberal en la Convención.

Al final, Barco no fue a Medellín y López respiró tranquilo.

Del Hotel Intercontinental salió para el Centro de Exposiciones paisa, donde fue clamorosamente proclamado candidato liberal.

Rodríguez, muy contento con la selección liberal, entró en un período de sentimientos encontrados.

Quería la victoria liberal de López, pero a su vez estaba contagiado con la cálida amistad de Betancur.

Determinó entonces dividir su participación económica entre los dos candidatos.

Para esa época Betancur demostraba más amistad hacia Rodríguez.

Y nombró a Jaime Rodríguez, hijo de Gilberto, como miembro de la junta económica de la campaña presidencial.

López tuvo un contratiempo grave en su lucha por la reelección: el joven Luis Carlos Galán decidió su candidatura presidencial con el influyente respaldo de Carlos Lleras que así exteriorizaba su oposición a López.

Y Betancur comenzó a ganar terreno con una campaña fresca y juvenil, que se caracterizó por el lema "SÍ SE PUEDE", para demostrar que entrábamos en una época de renovación.

Rodríguez, contagiado por el fervor político que produjo Betancur en los últimos días, decidió apoyar con cocteles empresariales al candidato conservador.

Y así consiguió más de 50 millones de pesos para una campaña que costó algo más de 700 millones en 1982, pero le dio la Presidencia a un paisa empujador y renovador, como era Betancur en esos momentos.